YAYA Isabel, *The two faces of Inca history: dualism in the narratives and cosmology of ancient Cuzco*

Brill, Leiden, 2012

Pablo F. Sendón

Edición electrónica

URL: <https://journals.openedition.org/jsa/14440>

DOI: 10.4000/jsa.14440

ISSN: 1957-7842

Editor

Société des américanistes

Edición impresa

Fecha de publicación: 31 diciembre 2015

Paginación: 348-352

ISSN: 0037-9174

Referencia electrónica

Pablo F. Sendón, «YAYA Isabel, *The two faces of Inca history: dualism in the narratives and cosmology of ancient Cuzco*», *Journal de la Société des américanistes* [En línea], 101-1 et 2 | 2015, Publicado el 15 marzo 2016, consultado el 24 febrero 2023. URL: <http://journals.openedition.org/jsa/14440> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/jsa.14440>

Este documento fue generado automáticamente el 24 febrero 2023.

All rights reserved

YAYA Isabel, *The two faces of Inca history: dualism in the narratives and cosmology of ancient Cuzco*

Brill, Leiden, 2012

Pablo F. Sendón

REFERENCIA

YAYA Isabel, *The two faces of Inca history: dualism in the narratives and cosmology of ancient Cuzco*, Brill, Leiden, 2012, XII-296 p., bibliogr., ill., cartes.

El estudio del parentesco inca, y en particular el examen de las reglas de descendencia, la transmisión de nombres y las preferencias matrimoniales, ha sido decisivo para alcanzar esta perspectiva renovada sobre las representaciones históricas. La perspectiva adquirida a través de este análisis exige una aproximación a la historiografía inca en la que la historia y la antropología sean dominios de investigación interrelacionados y cruzados, y cuya meta no sea reconstruir acontecimientos pasados o estructuras sociales fijas, sino más bien desentrañar cómo los incas referían su pasado así como delinear los contornos de formas alternativas de representación histórica (p. 259)¹.

- ¹ Como queda explicitado en el párrafo anterior, el propósito de este libro no es presentar *una* historia de los incas sino descubrir y analizar *la* historia de los incas. Ello presenta de inmediato una primera dificultad: la ausencia de registro escrito – uno de los registros, no el único ciertamente, contemplado por el historiador o el antropólogo interesado en materias del pasado – procedente del cincel o de la pluma de los propios incas. Los escritos más tempranos acerca de ellos y de su historia provienen de la pluma de cronistas ibéricos – y, en menor medida, de escritores americanos educados al amparo del cristianismo – de los siglos XVI y XVII, instruidos o no en la lengua general del imperio. A esta primera dificultad se le añade una segunda: lejos de constituir un corpus documental coherente y acumulativo, las crónicas dedicadas a los incas son

disonantes, inconsistentes e incluso contradictorias entre sí. En lugar de rendirse ante la heterogeneidad de la evidencia, la autora de este libro hace de ella una virtud al ponderar que estas mismas inconsistencias son las que informan acerca de una forma alternativa de relatar y concebir la historia. *La historia inca* no es una historia, sino un conjunto de narrativas históricas que nos ha sido legado como tal. De aquí el fundamento de uno de los supuestos más importantes de la obra, y la razón para revisar este corpus documental: « la consciencia histórica inca, incluso forzándola en categorías ajenas, impregna las crónicas y puede recuperarse en parte » (p. 17). Esta historiografía (i.e., estas narrativas históricas) ha sido elaborada en « un marco cultural basado en el dualismo » (p. 6), de modo que incursionar en torno de ella involucra también una aproximación diacrónica al tema del dualismo y de la organización dualista. En síntesis, el tema subyacente a lo largo del libro es una « nueva evaluación de las tradiciones históricas incas a través del lente de las oposiciones dualistas » (p. 18) entendidas, estas últimas, en términos asimétricos y jerárquicos.

- 2 Como no podía ser de otra manera, entonces, el libro está organizado en dos grandes partes, la primera dedicada a la organización social y a las políticas de reproducción del grupo de descendencia real y la segunda a las estructuras de la cosmología y la naturaleza de los principales ancestros divinos de la elite reinante. Es decir, *la historia inca* son las historias narradas por la elite inca y, en este sentido, el libro busca « entender un aspecto particular del Tawantinsuyu en calidad de poder imperial: la formación de la identidad de su elite a través de medios narrativos, rituales y cosmológicos » (p. 22). Debido a la extensión, profundidad y seriedad con la que fueron abordados los distintos problemas – cada uno de los cuales podría ser materia de discusión en una única reseña –, resulta imposible para quien escribe estas líneas abordar todos ellos, de modo que lo que resta de estas notas se concentrará en la primera parte, prestando especial atención al tema del parentesco².
- 3 Quizá la disonancia más estridente que dejan entrever las crónicas consiste en la heterogeneidad de los soberanos incas consignados en ellas y la imagen estandarizada de una genealogía real que asciende a once o doce reyes antes de la guerra fratricida entre Atahualpa y Huascar al momento de la llegada de los españoles. Junto con la genealogía real, algunas de las crónicas brindan información acerca de la existencia de linajes reales consistentes en la descendencia de reyes difuntos. Cada uno de estos linajes, designado con el término *panaca*, « según el autor más prolijo sobre el tema y cuyos comentarios dejaron una impronta de larga duración en la percepción moderna sobre la dinastía inca [...] fue fundado tras la muerte de un soberano y pertenecía a una u otra de las dos mitades que dividían el Cuzco en cuartos residenciales. Los linajes procedentes de los primeros reyes de la dinastía estaban afiliados y poblaban Hurin Cuzco, la parte baja. Los descendientes de los últimos soberanos pertenecían y ocupaban Hanan Cuzco, la parte alta » (p. 31). No sólo existe en las crónicas discrepancias sobre los nombres de los reyes que conforman la genealogía real sino también sobre la secuencia de liderazgos de una y otra mitad (i.e., de los fundadores de linajes de cada una de ellas).
- 4 Dejando de lado el problema que involucra la trágica desaparición de las primeras y la falta de consenso unánime en torno del sentido que guardan los segundos, Yaya reconoce en las pinturas – tabloncillos y lienzos – y en los cantos rituales conservados en los *quipus* dos formatos de transmisión de la historia oral de la elite cuzqueña. En relación con los segundos, la autora precisa que ellos « no constituían un registro

exhaustivo de la historia inca, sino más bien ofrecían una valoración selectiva de los logros alcanzados por una figura ancestral » (p. 46). Es decir, « el exclusivo apego de estas épicas con individuos particulares era tal que su transmisión permanecía dentro de la esfera de parentesco del gobernante cuya vida era recordada. De esta manera, cada *panaca* estaba a cargo de mantener viva la memoria y la energía vital de su ancestro momificado » (p. 47). Ahora bien, « la sujeción de los cantos históricos a linajes individuales significó también que ellos eran contingentes a los intereses de los miembros de las *panacas* a la hora de hacer valer el legado de sus propios ancestros. En Cuzco, donde varios grupos de descendencia mantenían relaciones tensas entre sí y competían por cargos influyentes, las diferencias en la percepción de los acontecimientos históricos habría sido particularmente exacerbada » (*ibid.*). Aquí es donde precisamente radica la peculiaridad de la historiografía inca en relación con registros posteriores: « En esta sociedad estratificada donde los vínculos de parentesco y el mérito excepcional definían el acceso a la autoridad, las narrativas históricas habían sido instrumentos de legitimación política y por lo tanto objetos de contienda mucho antes de la implementación de la administración española » (p. 48). La historia inca, entonces, es el resultado de las narraciones históricas producidas en un estado de contienda permanente por los miembros de la elite inca, es decir, el ayllu real y las *panacas* o los linajes de los reyes difuntos. De aquí las discrepancias registradas en las crónicas.

- 5 Las versiones sobre la dinastía inca informan acerca de dos modalidades de oposición en mitades: una basada en las relaciones de parentesco y la otra en la historia en un sentido laxo del término. Esta última oposición está relacionada con dos tipos de narrativas históricas relativas a la regla de sucesión real: la primogenitura y el mérito personal o, en otros términos, la insistencia en la perpetuación a través del tiempo de características estructurales de la descendencia real, por un lado, y el juego de intrigas para la toma del poder por parte de personajes « ajenos » a la línea de descendencia real, por el otro. Para acceder a los fundamentos culturales de la asimetría de esta oposición, la autora interpreta el grupo descendencia real (Qhapaq Ayllu) desde la perspectiva que ofrece el modelo del « clan cónico » – ideado con anterioridad para interpretar algunas características de la organización social del Cuzco prehispánico y otras latitudes.
- 6 En su versión cuzqueña, el clan cónico o el ayllu real « estaba compuesto de una línea mayor principal de la que procedían una variedad de ramificaciones llamadas *panacas*, las cuales formaban los linajes menores [*sublineages*] de las mitades asimétricas del Cuzco. Cada una de estas ramificaciones trazaba su descendencia de algunos de los gobernantes pasados cuyas historias de vida habían sido preservadas y quienes eran considerados descendientes directos del ancestro apical » (p. 61)³. La « distancia genealógica » (p. 66) que separaba a cada fundador de estas ramificaciones del ancestro fundador del Qhapaq Ayllu determinaba el lugar que ocuparía en el orden jerárquico de la capital imperial. El ordenamiento de los segmentos de la jerarquía se vería trastocado ante la contingencia histórica de una sucesión que no se ajustara a la regla de la primogenitura y que encontrara su razón de ser en el mérito personal (y las intrigas palaciegas correspondientes) del futuro rey: « En este sentido, las sucesiones reales por lo general provocaban una disrupción en el orden social preexistente que modificaba la posición del Qhapaq Ayllu, la línea principal » (p. 67). Al decir de la autora, estamos en presencia de una « práctica de reordenamiento de la jerarquía de prestigio cada vez que una *panaca* diferente derrocaba a la casa real que ocupaba el poder » (*ibid.*). Las

disonancias, inconsistencias o contradicciones que recogen las crónicas dejan de ser tales cuando se aprecia que las diferentes narrativas expresan la tensión inherente a un modelo dinástico y un sistema dinámico en busca de expansión. Esto no significa que el orden de la jerarquía en tanto tal se viera cuestionado: « la apertura de la monarquía a las contingencias históricas y a las hazañas individuales no desafiaban la estructura jerárquica del sistema de descendencia [...] ya que cada nuevo gobernante, cualquiera fuese su cercanía genealógica a la línea principal, se servía de al menos tres estrategias de legitimación de parentesco: la sanción divina, el matrimonio y la reorganización jerárquica de las *panacas* alrededor de su persona » (p. 91)⁴. Las « historias de vida » y la « genealogía inca » son los dos géneros de la historia inca, las dos caras de su historia, y como tales encuentran expresión también en las narraciones de los vínculos que los incas supieron forjar con otros hombres y con sus dioses⁵.

- 7 El empleo que hace Yaya del modelo del clan cónico es original y está lleno de matices imposibles de ser incorporados aquí. Conscientes de ello, nos permitimos realizar dos observaciones finales que entendemos pertinentes para una eventual discusión a futuro sobre el particular. En primer lugar, el clan cónico es un *modelo* de organización social – entre otros modelos con base parental que fueron diseñados o importados para interpretar la organización social del Cuzco prehispánico –, que no necesariamente tiene que encontrar un correlato empírico. En este sentido, el recurso a criterios genealógicos para explicar aspectos definitorios del funcionamiento de una sociedad acerca de la cual no existen registros de este tipo (i.e., genealogías) no deja de ser problemático. Ello no significa que en calidad de herramienta heurística concebida con el fin de iluminar aspectos que no se circunscriben al ámbito estricto de las relaciones de parentesco el empleo del modelo sea desestimable. Eso sí: una cosa es sostener que la historia inca es el resultado de las narraciones enunciadas por grupos en pugna por el poder en un escenario de contienda y otra, muy distinta, es precisar y definir los respectivos estatus de los grupos en cuestión en función de su cercanía o lejanía genealógica de un ancestro ápice cuando, insistimos, no existen registros genealógicos que permitan hacerlo. En segundo lugar, la propia existencia de las *panacas* ha sido recientemente cuestionada. En efecto, en 2011 César Itier publicó un artículo titulado « Las *panacas* no existieron » en el que buscó demostrar que el término *panaca* no significa « linaje real » ni ningún otro tipo de grupo de parentesco. Esto presenta un severo problema al modelo del clan cónico empleado por Yaya: como se recordará este consiste en una línea principal de la que proceden una variedad de ramificaciones llamadas *panacas* que formaban linajes menores o « sublinajes ». Si las *panacas* no son « linajes » ni « grupos de parientes » se estaría incurriendo en un empleo erróneo del término, del tipo que observó Itier. Esto no significa que Itier niegue la existencia de linajes en el Cuzco incaico. Sin embargo, tampoco los define de manera explícita más allá de su asociación con el término « ayllu »⁶. Resta saber entonces si las características que definen a « las » *panacas* – sin ser en rigor agrupaciones de parientes – en el modelo del clan cónico sirven para caracterizar a los « linajes » de Itier o a los « sublinajes » de Yaya. Y de no ser el caso, quedaría por definir qué son los « linajes » y/o los « sublinajes » en la morfología social del Cuzco prehispánico. Sería entonces deseable para quienes estamos interesados en estas materias que los especialistas del Cuzco antiguo se pronunciasen al respecto con miras a resolver problemas como los que plantean algunos de los temas tratados en el libro comentado hasta aquí. Y sería aún más deseable que ello no se tradujese en un intercambio injurioso de saberes o ideas (Zuidema 2013; Itier 2013b).

BIBLIOGRAFÍA

ITIER César

2011, « Las panacas no existieron », in Willem F. H. Adelaar, Pilar Valenzuela Bismarck y Roberto Zariquiey Biondi (eds.), *Estudios sobre lenguas andinas y amazónicas. Homenaje a Rodolfo Cerrón-Palomino*, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, p. 181-193.

2013a, *Viracocha o el océano, naturaleza y funciones de una divinidad inca*, IFEA/Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

2013b, « Una institución política inca mal interpretada: el panaca. Respuesta a R. Tom Zuidema », *Libros & artes*, 62-63, p. 28-30.

ZUIDEMA R. Tom

2013, « Las panacas no existieron. Crítica al texto del César Itier », *Libros & artes*, 62-63, p. 26-27.

NOTAS

1. Las traducciones de citas textuales de la obra son del autor.
2. Algunos de los lineamientos generales propuestos en la segunda parte del libro recibieron un tratamiento similar por parte de César Itier (2013a) en un libro que comentamos en este mismo medio.
3. Subraya Yaya que « el Qhapaq Ayllu es el único linaje que los cronistas designan consistentemente como un ayllu, los otros grupos de descendencia son llamados *panacas* » (p. 62).
4. Al cierre del capítulo dedicado al clan cónico, Yaya observa que el modelo « reconoce la historia al mismo tiempo que triunfa sobre ella » (p. 97).
5. En la sección final del libro se afirma que la representación inca de la historia era « bidimensional » (p. 258), con una faceta orientada hacia el exterior que subrayaba la homogeneidad de la ideología imperial y otra orientada hacia el interior que expresaba las perspectivas particulares de los distintos linajes.
6. « *Panaka* fue el título dado al primer *kuraka* del *ayllu*, nombrado por el inca fundador, y quienes conocieron su significación lo tradujeron como “vicario”, “gobernador”, “lugarteniente”, “mayordomo”, “capitán” y “cabeza de linaje” » (Itier 2011, p. 190).

AUTORES

PABLO F. SENDÓN

Conicet, Argentina